

CAPÍTULO 21

La vida fluía rápida; se sucedían los días, siempre distintos, claros o sombríos. Cada uno de ellos, traía consigo algo nuevo, que ya no inquietaba a la madre. Por las noches, cada vez con mayor frecuencia, se presentaban desconocidos; conversaban con Andréi a media voz, preocupados, y ya a horas avanzadas, se marchaban, hundiéndose en la oscuridad, con los cuellos subidos, los gorros encasquetados hasta los ojos, cautelosos, sin hacer ruido, para no despertar sospechas. Se percibía en cada uno de ellos una excitación contenida; parecía que todos querían cantar y reír, pero que les faltaba tiempo para ello, siempre tenían prisa. Unos, irónicos y graves; otros, alegres, radiantes de fuerza juvenil; otros, silenciosos y pensativos, pero todos, a los ojos de la madre, tenían algo semejante, tenaz, seguro, y aunque cada uno poseía sus rasgos peculiares, todos se fundían para la ella en un solo rostro delgado, tranquilo, resuelto, claro, con la mirada profunda, acariciadora y severa, de unos ojos oscuros, como la de Cristo camino de Emaús.

La madre los contaba, agolpándolos mentalmente en torno a Pável, y en aquella multitud él pasaba desapercibido a los ojos de los enemigos.

Una noche, llegó de la ciudad una muchacha avispada de cabellos rizados, que trajo un envoltorio para Andréi, y al marcharse, dijo a Vlásova, relucientes los ojos de alegría:

—¡Hasta la vista, camarada!

—¡Hasta la vista! —respondió la madre, conteniendo una sonrisa.

Y, después de haber acompañado a la joven, se acercó a la ventana para mirar, riendo a su «camarada» marchar por la calle, trotando con su menudo paso, fresca como una flor de primavera, ligera como una mariposa.

«Camarada —se dijo la madre cuando su visitante se perdió de vista—. ¡Ah querida! Que Dios te dé un buen camarada para toda tu vida.»

Notaba frecuentemente en todos los que venían de la ciudad, algo de infantil, y sonreía con indulgencia, pero lo que la emocionaba y le causaba una gozosa

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

sorpresa, era su fe, cuya profundidad sentía cada vez más claramente. Sus sueños sobre el triunfo de la justicia la conmovían y la reconfortaban y, al escucharlos, suspiraba sin querer, presa de una pena ignota. Pero lo que más la conmovía era su sencillez, su bella y generosa despreocupación por sí mismos.

Comprendía ya muchas cosas de lo que ellos decían acerca de la vida. Presentía que habían descubierto la verdadera causa de la desgracia de los humanos, y se había acostumbrado a aprobar sus opiniones. Pero en el fondo de su alma no creía que pudiesen transformar la existencia a su modo, ni que tuvieran fuerzas suficientes para insuflar su llama a todo el pueblo trabajador. Cada cual quiere comer hoy, nadie quiere aplazar su almuerzo, ni siquiera hasta mañana, si puede comérselo en seguida. Pocos serían los que emprendiesen aquel lejano y duro camino, pocos ojos verían, a su término, el reino legendario de la fraternidad de los hombres. Por eso todas aquellas buenas gentes, a pesar de sus barbas y de sus rostros cansados, le parecían niños.

«¡Queridos míos! —pensaba ella, moviendo la cabeza.»

Pero, sin embargo, todos vivían una vida recta, seria e inteligente, hablaban bien y, deseosos de enseñar a los otros lo que ellos sabían, lo hacían incansablemente. Ella comprendía que se pudiese amar tal modo de vida, a pesar del peligro que entrañaba, y, suspirando, miraba hacia atrás, donde, como una franja estrecha y sombría, se extendía, monótono, su pasado. Sin advertirlo, iba adquiriendo la serena conciencia de que era necesaria para aquella vida nueva; antes no se había sentido jamás útil para nadie, pero ahora veía ya con claridad que era necesaria para muchos, sensación nueva y grata que le hacía erguir la cabeza...

Llevaba las hojas a la fábrica con puntualidad, pues consideraba eso como una obligación suya, y los policías, acostumbrados a verla, no reparaban ya en ella. Varias veces la habían registrado, pero siempre al día siguiente de haber aparecido las hojas en la fábrica. Cuando no llevaba encima nada comprometedor, sabía despertar las sospechas de soplones y vigilantes, que la paraban y la cacheaban.; entonces, fingía ofenderse, discutía con ellos y, después de reprocharles la acción, se marchaba orgullosa de su habilidad. Le gustaba aquel juego.

A Vesovchikov no lo volvieron a admitir en la fábrica, y entró a trabajar en casa de un negociante en madera; transportaba por el arrabal cargamentos de vigas, leña y tablas. La madre lo veía pasar casi a diario. Afianzando fuertemente los cascos

en tierra, temblorosas las patas por la tensión, avanzaba un par de caballos negros. Ambos eran viejos y huesudos, balanceaban la cabeza, tristes, cansinos, y sus ojos vidriosos parpadeaban de agotamiento. Tras ellos se estiraba, oscilando al ritmo de los guijarros, una larga viga húmeda, o un montón de tablas cuyos extremos chocaban con estrépito; mientras que a su lado, sosteniendo las flojas riendas, sucio, harapiento, con sus pesadas botas altas y el gorro echado sobre la nuca, caminaba Nikolái, torpe y macizo, como un tronco arrancado de la tierra. El también balanceaba la cabeza, mirándose los pies. Sus caballos atropellaban ciegos a los carros que venían en dirección contraria y a la gente, y a su alrededor zumbaban como zánganos los irritados denuestos y cortaban el aire los furiosos gritos. Él, sin levantar la cabeza ni contestar, seguía su camino, lanzando estridentes, ensordecedores silbidos, gruñendo con voz sorda a los caballos:

—¡ Anda, arre!

Cada vez que los camaradas se reunían en casa de Andréi para leer un folleto o el último número de algún periódico editado en el extranjero, acudía Nikolái, se sentaba en un rincón y escuchaba sin decir nada, una hora o dos. Terminada la lectura, los jóvenes discutían largamente, pero Vesovchikov jamás tomaba parte en la controversia. Era el último en irse, y ya a solas con Andréi, le hacía una pregunta sombría:

—¿Y quién es el más culpable de todos?

— El culpable, ¿sabes?, fue el primero que dijo: «esto es mío». Mira... Alguien que murió hace miles de años, y ya no vale la pena enfadarse con él —decía el jojol bromeando, mas sus ojos miraban intranquilos.

—Pero... ¿los ricos? ¿Y los que los sostienen?

El jojol se inclinaba, se tomaba la cabeza con las manos, retorció su bigote y hablaba larga y sencillamente de la vida y de los hombres. Pero, según él, resultaba que eran culpables' todos en general, lo que no satisfacía a Nikolái. Con los gruesos labios muy apretados, sacudía negativamente la cabeza, y declaraba en tono de desconfianza que eso no era así, luego se iba, descontento y sombrío. Una vez gritó:

—¡No; tiene que haber responsables! ¡Están aquí! Te lo digo yo... Hay que pasar el arado a fondo, por todas partes, como en un campo de grama, ¡sin piedad!

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡ Eso dijo de ustedes, una vez, Isái, el listero! —recordó la madre.

—¿Isái? —preguntó Vesovchikov, tras una pausa.

— Sí. ¡Mal sujeto! Espía a todos, pregunta... Ya ha empezado a rondar por nuestra calle y a mirar por nuestras ventanas...

—¿A mirar? —repitió Nikolái.

La madre estaba ya acostada y no le vio la cara, pero comprendió que había dicho algo de más, porque el jojol, apresuradamente y en tono conciliador, exclamó con viveza:

—¡Bah!, déjalo que ronde y que mire. Le sobra el tiempo, ¡por eso se pasea!

—¡No, espera! —dijo sordamente Nikolái—. El es el culpable.

—¿De qué? —replicó el jojol con viveza—. ¿De ser tonto?

Vesovchikov no contestó, y se fue.

El jojol dio unos paseos por la habitación, lentamente, fatigado, arrastrando sus piernas secas y largas como patas de araña. Se había quitado las botas, como de costumbre, para no hacer ruido y no molestar a Vlásova. Pero ella no dormía, y cuando Nikolái se marchó, dijo alarmada:

—¡Me da miedo!

—Sí...— dijo el jojol, arrastrando la palabra—. Es un muchacho de malas pulgas. No le vuelva usted a hablar de Isái, madrecita; pues, en efecto, el tal Isái espía.

—¡No es de extrañar! Tiene un compadre gendarme

—¡Nicolái acabará por darle una paliza!—continuó el jojol, alarmado—. ¿Ve usted los sentimientos que han imbuido en los de abajo los señores que rigen nuestra vida? Cuando personas como Nikolái tengan conciencia de sus humillaciones y pierdan la paciencia, ¿qué ocurrirá? La sangre salpicará hasta el cielo y cubrirá la tierra formando espuma, como el jabón.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Da miedo, Andriusha! — exclamó quedo la madre.

—¡Si no tragaran moscas, no tendrían que vomitar! —dijo Andréi, tras un silencio—. Y a pesar de todo, madrecita, cada gota de sangre suya habrá sido lavada de antemano con lagos de lágrimas del pueblo...

Rió brevemente y añadió:

—Será justo, pero... ¡no consuela!

CAPÍTULO 22

Un domingo, cuando la madre, de vuelta de la tienda, abrió la puerta y apareció en el umbral, se sintió súbitamente inundada de alegría como la cálida lluvia de un día de verano: había oído en la habitación la fuerte voz de Pável.

—¡Ahí la tienes! —gritó el jojol.

Pelagueia pudo notar la rapidez con que Pável se dio vuelta, y cómo se iluminaba su rostro, augurando algo grande para ella.

—Has vuelto... a casa— balbuceó, desconcertada por la sorpresa, y se sentó.

Él se inclinó hacia ella, pálido; en las comisuras de sus ojos brillaban luminosas unas pequeñas lágrimas y los labios le temblaban. Estuvo un instante callado; la madre lo miraba, también en silencio.

El jojol, silbando suavemente, pasó junto a ellos, gacha la cabeza, y salió al patio.

—¡Gracias, madre! —dijo Pável con voz baja y profunda, apretándole la mano con sus dedos trémulos—. ¡Gracias, madre querida!

Sacudida de gozo por la expresión del rostro de su hijo y el acento de su voz, le acarició los cabellos, y reprimiendo los latidos de su corazón, le dijo:

—¡Dios sea contigo! ¿Por qué me das las gracias?

—¡Gracias por ayudar a la gran obra nuestra! Cuando un hombre puede llamar a su propia madre también madre en espíritu... ¡es una dicha rara!

Sin decir nada, henchido el corazón, aspiraba la madre ávidamente estas palabras, lo contemplaba embelesada: estaba allí, ante ella, tan abierto, tan próximo...

—Mamá, yo veía que todo esto te hería el alma, que era duro para ti. Pensé que nunca te sentirías en paz con nosotros, que no adoptarías nuestras ideas, que te

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

limitarías a sufrir en silencio, como habías sufrido durante toda tu vida. ¡Eso era duro...!

—¡Andriusha me ha hecho comprender muchas cosas!

—Sí, ya me lo contó —dijo Pável riendo.

— También Egor. Somos paisanos. Andréi hasta quería enseñarme a leer...

—Y a ti te dio vergüenza y te pusiste a aprender sola, a escondidas.

—¡Ah!, me ha estado espiando —dijo ella confusa. Y agitada en el colmo de su dicha, propuso a Pável: —¡Vamos a llamarlo! Se marchó adrede para no estorbarnos. Él no tiene madre.

—¡Andréi! —gritó Pável abriendo la puerta de entrada—. ¿Dónde estás?

—Aquí. Quiero partir un poco de leña.

—¡Ven acá!

Pero no volvió inmediatamente. Pasado un rato, al entrar en la cocina, dijo en tono de amo de casa:

— Hay que decirle a Nikolái que traiga leña, tenemos poca. ¿Ve usted, madre, cómo está nuestro Pável? En lugar de castigar a los rebeldes, el gobierno los engorda...

La madre se echó a reír. Lleno el corazón de una dulce euforia, estaba ebria de gozo, pero ya un sentimiento de avara prudencia le hacía desear ver a su hijo tranquilo, como antes. Era demasiada felicidad para ella, y quería que aquella alegría, la primera gran alegría de su vida, se encerrase para siempre en su alma y permaneciese allí, viva y fuerte, como había venido. Y, temiendo ver palidecer aquella dicha, se apresuraba a ocultarla rápidamente, como un cazador de aves que hubiese capturado por azar un pájaro maravilloso.

—Vamos a la mesa, Pável, seguramente no has comido nada —propuso, afanosa.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—No. Me enteré ayer por el celador de que habían resuelto ponerme en libertad, y hoy, de la alegría, no he tenido ni hambre ni sed...

—El primero que encontré aquí —seguía refiriendo Pável—, fue el viejo Sizov. En cuanto me vio, cruzó la calle para saludarme. Le dije: "Ahora hay que tener cuidado conmigo: soy un hombre peligroso bajo vigilancia policial." Me contestó: "No me importa." ¿Y sabes lo que me ha preguntado acerca de su sobrino? "Y Fedor, ¿se porta bien en la cárcel? —¿Qué entiende usted por portarse bien? —Bueno..., si no se le ha ido la lengua hablando de sus camaradas." Cuando le dije que Fedia es un muchacho inteligente y leal, se acarició la barba y me dijo con orgullo: "Entre nosotros los Sizov, no hay gente mala."

—¡Es un viejo con sesudo! —dijo el jojol, inclinando la cabeza—. Hablamos con frecuencia. Es un buen hombre. ¿Soltarán pronto a Fedia?

—Yo creo que soltarán a todos. No tienen más pruebas que las declaraciones de Isái, y él, ¿qué podía decir?

La madre iba y venía contemplando al hijo. Andréi le escuchaba de pie, junto a la ventana, con las manos a la espalda. Pável se paseaba por la habitación. Su barba había crecido, se rizaba en pequeños bucles negros sobre sus mejillas, dulcificando el atezado rostro.

—¡A la mesa! —dijo la madre, poniendo sobre la mesa la comida caliente.

Mientras comían, Andréi estuvo hablando de Ribin. Y cuando terminó, Pável comentó con pena:

—Si yo hubiera estado aquí, no lo hubiera dejado marchar. ¿Qué lleva consigo? Un gran sentimiento de rebeldía y un lío en la cabeza.

—Sí —dijo sonriendo el jojol—, pero cuando un hombre tiene cuarenta años y lleva mucho tiempo batiéndose contra sus propios fantasmas, es difícil transformarlo.

Se entabló una de aquellas discusiones en que empleaban palabras incomprensibles para la madre. Terminaron de comer y, cada vez con mayor

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

encarnizamiento, continuaron descargando, uno sobre otro, una sonora granizada de palabras doctas. A veces se expresaban con sencillez.

— Nosotros debemos seguir por nuestro camino, ¡sin apartarnos ni un paso de él! —declaró Pável con firmeza.

— Y tropezamos por el camino con algunas decenas de millones de hombres que nos saldrán al encuentro, como enemigos...

La madre escuchaba y comprendía que a Pável no le gustaban los campesinos, mientras que el jojol salía en su defensa, demostrando que también a los mujiks había que enseñarles el bien. Comprendía mejor a Andréi y le parecía que tenía razón, mas cada vez que éste le decía algo a Pável, esperaba atenta, con la respiración contenida, la contestación del hijo, para saber en seguida si el jojol lo había ofendido. Pero, aunque discutían con ardor, ninguno se irritaba con el otro.

De cuando en cuando, la madre preguntaba al hijo:

—¿Eso es así, Pável?

Y él respondía sonriente:

—¡Claro que sí!

—Le ruego, caballero —decía el jojol con cariñosa ironía—, se ha comido usted toda su ración, pero no la ha masticado bien. Le ha quedado un trozo en la garganta. Gargarícese.

—No te hagas el gracioso —contestaba Pável.

—¿Yo? ¡Pero si estoy más serio que en un entierro!

La madre se reía bajito, moviendo la cabeza...

CAPÍTULO 23

Se acercaba la primavera e iba derritiéndose la nieve, dejando al descubierto el barro y la carbonilla que yacía en su hondura. Cada día se veía más fango, y todo el arrabal parecía no haberse lavado, cubierto de harapos. De día, los tejados goteaban, mientras, cansados y sudorosos, exhalaban vaho los grisáceos muros de las casas; de noche, las estalactitas de hielo de un blanco dudoso, se formaban de nuevo por doquier. En el cielo aparecía el sol cada vez con mayor frecuencia, y los arroyos empezaban a murmurar con fuerza, corriendo hacia el pantano.

Se preparaban para festejar el Primero de Mayo.

En la fábrica y por el arrabal, las hojas circulaban, explicando la significación de esta fiesta, y hasta los jóvenes que no estaban influenciados por la propaganda decían al leerlas:

—¡Hay que organizar esto!

Vesovchikov exclamaba, siempre sombrío:

—Ya va siendo hora. ¡Basta de jugar al escondite!

Fedia Masin se regocijaba. Había enflaquecido mucho, y por el nervioso temblor de su habla y movimientos parecía una alondra enjaulada. Iba siempre en compañía de Yákov Sómov, muchacho taciturno, con una seriedad impropia de sus pocos años, que trabajaba ahora en la ciudad. Samoilov, que había salido de la cárcel aún más pelirrojo, Vasili Gúsev, Bukin, Dragúnov y algunos más consideraban que era indispensable proveerse de armas, pero Pável, el jojol, Sómov y otros, no estaban de acuerdo.

Llegaba Egor, siempre cansado, jadeante, bañado en sudor, y decía bromeando:

— El trabajo para cambiar el régimen existente es una gran obra, camaradas, pero para que progrese con más rapidez, ¡tengo que comprarme unas botas nuevas! —y mostraba las suyas, rotas y empapadas—. Mis chanclos padecen la misma

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

enfermedad incurable, y todo el día tengo mojados los pies. No quiero irme de este mundo antes de que hayamos abjurado del viejo, pública y claramente, y por eso, rechazando la proposición del camarada Samóilov referente a la manifestación armada, propongo que se me arme a mí con un par de botas fuertes, porque estoy profundamente convencido de que esto será más útil para el triunfo del socialismo ... ¡que incluso la más descomunal de las refriegas!

En el mismo tono irónico, relató cómo el pueblo trataba, en diversos países, de mejorar su existencia.

A la madre le gustaba oír sus discursos, que producían en ella una extraña impresión. Los más astutos enemigos del pueblo, los que lo engañaban más cruelmente, eran hombrecitos barrigudos, de piel encarnada, sin escrúpulos, desvergonzados y codiciosos, taimados y crueles. Cuando bajo el poder de los zares ellos llevaban una vida difícil, azuzaban al pueblo ignorante contra el poder monárquico, pero cuando el pueblo se sublevaba y arrancaba el poder de manos del zar, aquellos hombrecitos se lo arrebatában, valiéndose de engaños, y arrojaban de nuevo al pueblo a sus cuchitriles: si el proletariado quería discutir con ellos, masacraban a centenares, a millares.

Una vez, tomando ánimos, la madre desplegó ante Egor aquel cuadro de la vida, creado con sus discursos, y, sonriendo confusa, le preguntó:

—¿Es así, Egor Ivánovich?

Este rompió a reír, girando los ojos en las órbitas, recuperó el aliento y se frotó el pecho.

—¡Así es en realidad, madrecita! Ha tomado usted por los cuernos al toro de la historia. Sobre este fondo amarillo hay algunos ornamentos, es decir, algunos bordados, pero éstos no cambian la cosa. Precisamente esos hombrecitos gordetes son los principales pecadores y los más venenosos gusanos que se comen al pueblo. Los franceses los han llamado, con acierto, burgueses. Recuérdelo, madre: bur-gue-ses... Nos devoran, nos chupan la sangre...

—¿Los ricos? —preguntó la madre.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Exactamente. Mire, si poco a poco va poniéndose cobre en la comida de un niño, impedirá el desarrollo del esqueleto y el niño será enano, y si se intoxica a un hombre con oro, su alma se hace pequeña, lívida y gris, como una pelota de goma de cinco kopeks...

Una vez, hablando de Egor, Pável dijo:

—Sabes, Andréi, la gente que más bromea es la que más sufre...

El jojol permaneció en silencio un momento, y respondió:

—Si eso fuese cierto, Rusia entera moriría de risa.

Reapareció Natasha. También había estado en la cárcel, pero en otra ciudad, y ello no la había cambiado. La madre observó que, en su presencia, el jojol se ponía más alegre, bromeaba, dirigía a todos pequeñas chanzas con una malicia sin maldad, y la hacía reír. Pero, cuando ella se iba, se ponía a silbar tristemente sus interminables canciones, y durante largo rato iba y venía por el cuarto arrastrando los pies.

Con frecuencia acudía Sáshenka, siempre entristecida, siempre con prisas y, sin que se supiera la causa, cada vez más cortante y brusca.

Una vez, cuando Pável salió al zaguán a acompañarla, no cerraron la puerta tras de sí, y la madre oyó una rápida conversación:

—¿Llevará usted la bandera? —preguntó la muchacha en voz muy baja.

—Sí.

—¿Ya está decidido?

—Sí, es mi derecho.

—¿Y otra vez a la cárcel?

Pável guardó silencio.

—¿No podría usted...? —empezó a decir ella, y se detuvo.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Qué?

— Dejársela a otro...

—No —dijo él en alta voz.

—¡Tiene usted tanta influencia, lo quieren a usted tanto...! Usted y Najodka son aquí los primeros; piense todo lo que pueden hacer en libertad. En cambio, por esto lo desterrarán lejos, y por mucho tiempo.

La madre creyó distinguir en la voz de Sáshenka dos sentimientos que ella conocía muy bien: la angustia y el miedo. Y las palabras de la muchacha cayeron, sobre su corazón maternal, como gruesos goterones de agua helada.

—¡No, ya lo he decidido! —dijo Pável—. A eso no renuncio por nada del mundo.

—¿Ni aunque yo se lo ruegue?

Pável, de pronto, empezó a hablar deprisa y con marcada severidad.

—No debe hablar así. ¿En qué está pensando? No debe...

— Yo también soy una persona —dijo ella muy quedo.

—¡Una buena persona! —replicó Pável, también en voz baja, pero de un modo raro, como si le faltase el aliento—. Un ser que me es muy querido. Y precisamente por eso... no debe hablar así.

—Adiós —dijo la joven.

Por el ruido de sus tacones, la madre comprendió que se alejaba rápidamente, casi corriendo. Pável salió al patio, tras ella.

Un terror agobiante, asfixiante, le apretaba el pecho a Pelagueia. No había comprendido bien la conversación, pero presintió una desgracia.

—¿Qué puede hacerse?

Pável volvió en compañía de Andréi; el jojol dijo, moviendo la cabeza:

—¡Ay, Isái, Isái! ¿Qué determinación tomamos con él?

—Aconsejarle que renuncie a sus empresas de alcahuete—dijo sombríamente Pável.

—Hijo, ¿qué quieres hacer? —preguntó la madre, la cabeza baja.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

— El Primero ... El Primero de Mayo.

—¡Ah!—exclamó Pável en tono más bajo—. Llevaré nuestra bandera. Iré con ella delante de todos. Por esto, probablemente, me volverán a meter en la cárcel.

Los ojos de la madre llamearon, una sequedad desagradable le llenó la boca. Pável le tomó la mano y la acarició.

— Es necesario, madre, ¡compréndelo!

—¡Si yo no digo nada! —murmuró levantando la cabeza, y cuando sus ojos encontraron la mirada brillante y obstinada de Pável, inclinó nuevamente el cuello.

Él soltó su mano, lanzó un suspiro y dijo en tono de reproche:

—No deberías entristecerte, sino alegrarte. ¿Cuándo habrá madres que envíen valerosamente a sus hijos incluso a la muerte...?

—¡Arre, arre! —gruñó el jojol—. He aquí a Monseñor partiendo a estandarte desplegado...

—¿He dicho yo algo? —repitió la madre—. Yo no te lo impido. Y si tengo pena por ti, ¡es porque soy madre...!

Él se separó, y ella escuchó estas palabras duras, punzantes:

— Hay cariños que son un estorbo en la vida...

Ella se estremeció por miedo a que él dijese algo que pudiese herirla, y gritó vivamente:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡No hables así, Pável! Comprendo que no puedes hacer otra cosa, por los camaradas...

—¡No! —repuso él—. Esto lo hago por mí.

Andréi estaba de pie en el umbral; más alto que la puerta, dobladas de un modo extraño las rodillas, parecía encuadrado en su marco; apoyado un hombro en una jamba, asomaba bajo el dintel el otro hombro, el cuello y la cabeza.

—Harías mejor dejando de charlar, señor mío —dijo con aire sombrío, mirando a Pável con sus ojos salientes.

Parecía un lagarto oculto en la grieta de una piedra. La madre tenía ganas de llorar, pero no quiso que su hijo se diera cuenta, y masculló apresuradamente:

—¡Ay Dios mío! Se me había olvidado...

Salió al zaguán y allí, la cabeza contra el ángulo de la pared, dio rienda suelta a sus lágrimas: lloraba dulcemente, sin gemido, desfalleciendo como si la sangre se escapara de su corazón, al mismo tiempo que su llanto. Por la puerta entreabierta llegaba hasta ella el sordo rumor de una discusión.

—Bueno, qué, ¿te diviertes en atormentarla? —decía el jojol.

—No tienes ningún derecho para hablar así —gritaba Pável.

—No sería un buen camarada si me callase ante tus estúpidos alardes. ¿Por qué razón le has dicho eso? ¿Lo sabes?

—Hay que decir siempre firmemente lo que se tenga que decir, ¡y saber decir sí y no!

—¿A tu madre?

—¡A todos! No quiero amor ni amistad que se agarren a mis piernas para retenerme.

—¡Vaya un héroe! ¡Límpiate los mocos! Límpiatelos y ve a decirle eso mismo a Sáshenka. A ella hubieras debido hablarle así.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—Ya se lo he dicho.

—Pero no así. Mientes. A ella le has hablado con dulzura, tiernamente; no te he oído pero lo sé. Pero ante tu madre, has desplegado el heroísmo. Compréndelo, animal. ¡Tu heroísmo no vale un pito!

Vlásova empezó a enjugarse rápidamente las lágrimas. Temía que el jojol ofendiese a Pável, y abrió apresuradamente la puerta; al entrar en la cocina, temblando toda de aflicción y miedo, dijo en voz alta:

—¡Qué frío hace! Y eso que estamos en primavera...

Y mientras, sin objeto alguno, iba quitando en la cocina cosas de en medio, prosiguió, más alto, con ánimo de dominar las amortiguadas voces de la habitación:

— Todo ha cambiado, la gente se ha vuelto más ardiente, y el aire más frío. Antes, por esta época ya hacía calor, el cielo era claro y brillaba el sol...

Se hizo el silencio en la habitación. Se detuvo en la cocina, esperando no sabía qué.

—¿Has oído?—preguntó en voz baja el jojol—. ¡Hay que comprender, diablos! Tiene más corazón ella que tú...

—¿Quieren té? —preguntó la madre con voz insegura. Y sin esperar la respuesta, gritó para ocultar su temblor:

—¿Qué me pasará hoy que estoy helada?

Pável se acercó a ella lentamente. La miró de reojo, con una sonrisa de culpa temblándole en los labios.

—¡Perdóname, madre! —dijo a media voz—. Soy todavía un chiquillo, un imbécil...

—¡No sigas! —gritó la madre con tristeza, estrechando la cabeza del hijo contra su pecho—. ¡No digas nada! Haz como quieras. Tu vida, es cosa tuya... Pero no me digas palabras duras. ¿Es que una madre puede ser despiadada? No. Yo siento piedad por todos ustedes. A todos los quiero, ¡todos son como algo mío! ¿Quién sino

yo, los compadecerá? Ya ves, detrás de ti hay otros que han dejado todo, que han partido... ¡se han puesto en marcha... Pável!

En su pecho palpitaba una idea grande, ardiente. Un alentador sentimiento de gozo, que era a la vez ansiedad y pesar, daba ánimos a su corazón, pero no encontraba palabras para expresarse, y en el martirio de su mudez, agitaba la mano y miraba al hijo a la cara con ojos encendidos de un dolor agudo y luminoso...

—Es cierto, mamá. Perdóname, lo comprendo —murmuró él, bajando la cabeza y dirigiéndole una rápida mirada sonriente. Luego añadió, separándose turbado, pero contento—: Mi palabra de honor que jamás olvidaré esto.

Ella retrocedió a su vez, buscó con los ojos a Andréi que estaba en la habitación, y le dijo con voz implorante y afectuosa:

—¡Andriusha! No le riña. Usted, claro, es mayor que él.

El jojol, inmóvil, de espaldas a ella, aulló de un modo extraño y cómico:

—¡Hu-u-u-u, sí! Me enojaré con él e incluso le daré una paliza.

La madre fue lentamente hacia él, tendida la mano.

— Qué persona tan querida es usted para mí...

El jojol se separó, bajó la cabeza como un toro, y con las manos a la espalda, pasó al lado de ella hacia la cocina, donde su voz resonó en tono de amarga ironía:

— Vete, Pável, ¡si no quieres que te arranque la cabeza! Esto no me lo crea, madrecita, ¡es una broma! Ahora voy a preparar el samovar. ¡Ah, qué porquería de carbón tenemos... completamente húmedo! ¡Maldito sea!

Calló. Cuando la madre entró en la cocina, estaba en cuclillas soplando para encender el samovar. Sin mirarla, continuó:

—No tenga miedo... no lo tocaré. Soy dulce como un plumón mullido. Y tú, héroe, no escuches. Lo prefiero. Ya sé lo que no me gusta, su chaleco. Se ha puesto un chaleco nuevo, fíjese, y está encantado: anda sacando el pecho y empujando a

todo el mundo, “¡miren qué precioso chaleco llevo!” Claro que es bonito, Pero, ¿a qué viene atropellar a la gente? Bastante estrechos estamos ya.

Pável preguntó sonriendo:

—¿Vas a seguir protestando mucho tiempo? Ya me has dado un buen sermón, ¡ya está bien!

El jojol, que seguía en el suelo, había colocado el samovar entre sus piernas y lo miraba. La madre, de pie junto a la puerta, fijaba sus ojos, afectuosos y tristes, sobre la nuca redonda y el largo cuello inclinado de Andréi. Este se echó hacia atrás, apoyando las manos en el piso, miró a la madre y al hijo, guiñando sus ojos ligeramente enrojecidos, y dijo:

— Buenas personas son ustedes, ¡buenas!

Pável se acercó y le agarró un brazo.

—¡No tires! Me vas a hacer caer.

—¿Por qué evergonzarse? —dijo tristemente la madre—. Mejor sería que se dieran un abrazo fuerte, bien fuerte.

—¿Quieres? —preguntó Paul.

—¿Por qué no? —respondió el jojol, levantándose.

Se dieron un apretado abrazo y quedaron inmóviles por un instante, dos cuerpos y una sola alma, encendida en ardiente amistad.

Por el rostro de la madre resbalaban dulcemente las lágrimas, ya leves. Enjugándose las, dijo turbada:

—A las mujeres les gusta llorar. Lloran de pena, ¡lloran de alegría...!

El jojol apartó un poco a Pável con un ligero movimiento y, restregándose también los ojos con la mano, exclamó:

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¡Se acabó! Ya han retozado bastante los terneros; ahora, ¡al asador! ¡Maldito carbón! He soplado tanto para encenderlo que lo tengo hasta en los ojos.

Pável se sentó junto a la ventana, mirando al suelo:

—No hay que avergonzarse de estas lágrimas... —dijo suavemente.

La madre se le acercó y se sentó a su lado. Un alentador sentimiento le arrobaba, cálido y suave, el corazón. Estaba triste, pero, al propio tiempo, llena de placidez y calma.

—Yo pondré la mesa, quédate tranquilamente sentada, madrecita —dijo el jojol dirigiéndose a la habitación—. Descansa. Ya te han atormentado bastante.

Y en la habitación resonó potente su cantarina voz:

—¡Qué agradable es sentir un momento de vida verdaderamente humana, como el que acabamos de vivir ahora...!

—¡Cierto!—dijo Pávell con una ojeada a su madre.

—Todo ha cambiado —dijo ésta—. La pena es otra, la alegría es otra.

—Como debe ser —replicó el jojol—. Porque está naciendo un nuevo corazón, madrecita, ¡un nuevo corazón crece en la vida! El hombre avanza, alumbrando la vida con la luz de la razón, y llama a gritos: ¡Eh, hombres de todos los países, únense en una sola familia! Y a su llamada, todos los corazones, con sus partículas más sanas, forman otro enorme, fuerte, sonoro como una campana de plata...

La madre apretó fuertemente los labios para impedir su temblor y cerró los ojos para contener las lágrimas.

Pável levantó un brazo, iba a decir algo, pero la madre le agarró del otro y, dándole un tirón, susurró:

—No lo interrumpas.

LA MADRE – MÁXIMO GORKI

—¿Saben? —dijo Andréi, de pie junto a la puerta—. A la humanidad aún le está reservado mucho dolor, aún les sacarán mucha sangre, pero todo el dolor y toda mi sangre valen poco para pagar lo que ya poseo en mi pecho, en mi cerebro... Ya soy rico, como una estrella lo es con sus rayos. Todo lo soportaré, lo sufriré todo, ¡porque llevo en mí una alegría que nadie ni nada matará nunca! ¡En esta alegría está la fuerza!

Estuvieron sentados a la mesa hasta la medianoche, tomando té y hablando cordialmente de la vida, de los hombres, del futuro... y cuando un pensamiento estaba claro para la madre, ella, suspirando, tomaba de su pasado cualquier hecho, siempre penoso y grosero, y con aquella piedra arrancada de su corazón afianzaba el pensamiento.

En el cálido torrente de la charla su inquietud se iba derritiendo; se sentía ahora como el día en que su padre le había dicho duramente:

—¡No hay por qué hacer ascos! Se ha presentado un imbécil que quiere casarse contigo... ¡pues cástate! Todas las muchachas se casan, todas las mujeres paren hijos; ¡para todos los padres los hijos son una desgracia! ¿Y tú qué, no eres acaso un ser humano?

Después de aquellas palabras, ella vio ante sí el sendero inevitable que se extendía, sin horizonte, en torno a un lugar desierto y sombrío. Y la fatal necesidad de tomar este camino, había llenado su corazón de una calma resignada y ciega. Ahora sentía lo mismo. Pero, presintiendo la llegada de una nueva desgracia, decía para sí, sin saber a quién:

—Toma, ahí tienes.

Esto aliviaba el secreto dolor que, estremecido, cantaba dentro de su pecho como una tensa cuerda. Y en lo profundo de su alma, turbada por la ansiedad de la espera, ardía la llama de una esperanza, débil pero viva, la esperanza de que no se lo arrancarían, de que no le quitarían todo. Algo le quedaría...